

**COMENTARIO DEL LIBRO:
AMERICA LATINA:
MEMORIA E IDENTIDAD (1492-1992)**

*Carlos Araya Pochet**

El reciente libro publicado por el Dr. Juan Rafael Quesada *América Latina. Memoria e Identidad (1492-1992)*. San José. Editorial Respuesta, 1993, explora la rica y aún poco tratada "veta" de las mentalidades colectivas por parte de los historiadores costarricenses.

El autor, formado inicialmente en la historia económica, como era propio de la historiografía costarricense en la década del 70, se ha preocupado ya a partir de la década del 80 por los procesos poco estudiados de la historiografía costarricense así como por el papel que en la historia social juegan las cosmovisiones y discursos ideológicos formados y construidos a partir de la jerarquización y estratificación de la sociedad.

* Profesor de la Facultad de Derecho. Universidad Latinoamericana de Ciencia y Tecnología (ULACIT).

Su formación más reciente traduce claramente una metodología influida por la historiografía francesa ya que fue en Francia, donde obtuvo su Doctorado.

Sin embargo, Quesada Camacho, ha luchado como pocos por rescatar la memoria e identidad cultural latinoamericana y dentro de ella, la costarricense, tan golpeada por la dependencia cultural del subdesarrollo, como apunta la sociología marxista o por disfuncionalismo de estereotipos y estigmas como lo señala el estructural-funcionalismo.

Lo cierto es que el autor se esfuerza y logra señalar una tarea de compromisos y civismo del historiador con su ciencia.

“...Consideramos que la tarea de las Ciencias Sociales en general y de la Historia en particular no consiste solamente en constatar situaciones, el historiador tiene el deber ciudadano de provocar cambios, transformaciones, en suma construir el futuro en el presente”.(p. 116)

Ese *métier de historien*, lo ha cumplido Juan Rafael Quesada como ninguno de los historiadores de su generación. En un estilo sintético, en la prensa nacional, “la grande” y “la chica”, ha difundido la renovada temática histórica con lenguaje fluido y fácil pero a su vez con rigor académico, haciéndonos recordar que el historiador puede al igual que el literato proyectar su obra a la sociedad global y de allí viene su tema central del libro en cuestión. ¿Qué significan para América Latina los cinco siglos de confrontación y contradicción del Choque de culturas? ¿Qué pasa con la memoria histórica y la identidad cultural de América Latina?

No se trata aquí de intentar resumir la obra. Sólo pretendemos incitar a su lectura.

Sin embargo, se debe señalar la articulación conceptual y temática en tres niveles: mundial, latinoamericano y costarricense.

En lo mundial muestra que América Latina aporta su cuota de sacrificio al desarrollo al *take-off*, no de la península ibérica, sino a la Europa dominante aquella que en Londres, París, Amberes y Amsterdam establecería los meca-

nismos financieros y después la revolución agrícola e industrial en los siglos XVIII y XIX.

Luego en el segundo nivel, el latinoamericano, en donde surge el sub-continente “con un poder oligárquico y conciencia alineada” según las palabras de Quesada que no puede en cinco siglos romper la peor de las dependencias: la mental.

“Sin embargo, no los antiespañolistas, no la inteligencia latinoamericana en general, lograron realmente romper con los esquemas dependientistas de pensamiento; por el contrario, la búsqueda pasó a ser lo foráneo: primero lo francés, luego lo inglés y a partir de 1930, lo estadounidense”. (p. 62)

Juan Rafael Quesada, evoca entonces ¿Dónde está la emancipación mental de los latinoamericanos? ¿Estamos entendiendo y admirando realmente a Bolívar y Martí? ¿Qué pasa con la Integración Latinoamericana?

En el tercer nivel, las celebraciones del cuarto centenario del “descubrimiento de América” en Costa Rica, tienen para el cuentista social un gran interés. La originalidad de la temática, la pulcritud histórica con que Juan Rafael analiza la cuestión. El *ultramontanismo* a la tica en 1892. Grandes recursos gastados en celebraciones, elocuentes discursos y falta de criticidad del proceso. Después de leer el análisis de Quesada uno puede preguntarse: ¿Dónde estaban las confrontaciones supuestamente profundas de liberales y conservadores? Era evidente que la élite económica e intelectual no tuvo reparos en sacralizar a Cristóbal Colón. Una muestra más de la continuidad de la dependencia cultural.

Una acotación más. ¿Contra España hoy?

Ciertamente el libro de Juan Rafael Quesada, muestra objetividad, en cuanto no trata de lanzar “La Leyenda Negra” acusadora de España desde la Europa dominante y con particular satisfacción de los británicos de su época. Con gran objetividad el autor señala:

“Este texto quisiera ser una invitación para iniciar un viaje por el tiempo y por el espacio de nuestro continente. Las notas que siguen pretenden además rendir un tributo de respeto y honor a los pueblos originarios de América, conquistados y diezmados, martirizados ante el altar de un peculiar providencialismo imperial que unió la

conciencia mesiánica religiosa con el culto a Mammón, a las riquezas de oro. Es igualmente un reconocimiento a aquellos europeos o americanos que como Bartolomé de la Casas o Florencio del Castillo compartieron con los conquistadores su amargo vía crucis. Finalmente rinde homenaje a España, por haber abrigado en su seno materno los más severos y rigurosos críticos de sus hazañas imperiales" (p. 13).

Y es que ciertamente el problema de la "culpabilidad histórica" no es inherente sólo a España pues en mayor proporción las otras potencias hicieron lo mismo y más.

¿Qué decir de la brutal cacería indígena británica y francesa en América Anglosajona Colonial? ¿Y el tráfico negrero de los ingleses?

Después en el siglo XIX en nuestra América se repitió el procedimiento de exterminio ya fuera en el oeste norteamericano o los bandeirantes en Brasil, o los argentinos en sus pampas ya a finales del siglo XIX.

En 1990, los mineros brasileños en la Amazonia y los militares en el Altiplano guatemalteco masacran al indígena.

La "vieja historia" de hace 500 años puede ser hoy evocada y observada, sólo que con mayores tecnologías de destrucción, en una América Latina carente aún de emancipación mental.